

CAPITULO X.

Pretextos especiosos.

El rey llegó á identificarse con Fonseca en las cuestiones de las Indias.

Pero la reina insistia en cumplir la palabra que habia dado al almirante, y su esposo, aunque hábil y astuto, necesitaba del auxilio de Fonseca para convencer á la reina, porque no queria disgustarla, hallándose, como se hallaba, enferma y triste.

Colon insistió cerca de los monarcas para que apresurasen su rehabilitacion.

—¿Qué hacer? dijo el rey á Fonseca.

Fonseca figuró que improvisaba lo que ya habia pensado hacia tiempo.

A las peticiones del almirante contestó el rey en estos términos:

—No dudeis, mi buen amigo, dijo á Colon, que los deseos de la reina y los míos son rehabilitaros á los ojos de los habitantes de las colonias, porque á los nuestros y á los de la España entera lo estais ya. Pero las noticias que se reciben demuestran que conviene aplazar vuestra marcha. Bobadilla tiene amigos y adversarios. Estos y aquellos están divididos en fracciones, que se disputan palmo á palmo los destinos, el oro, las tierras, todo. Si volviereis, los que os abandonaron al creer en la desgracia, temerosos de que les casti-

gueis, serán capaces de colocarse al lado de Bobadilla, y de aumentar las desventuras de la colonia con una guerra civil.

No sois vos el primero que debe reemplazar á Bobadilla. Nosotros le castigaremos por sus abusos; le despojaremos de los títulos que ha usurpado ante los mismos que han presenciado los ultrajes de que os ha hecho víctima; pero ni vos quereis desempeñar el cargo de ejecutor de nuestros designios, porque apareceriais ser entónces el instrumento de vuestra propia venganza, ni conviene al prestigio y á la grandeza que deseo para vos, la mision de poner coto á los desórdenes de los colonos.

Es necesario que os preceda otra persona de confianza y energía; otro alto funcionario que limpie la isla de los rebeldes, de los descontentos, de los miserables que la pueblan y cuanto todo esté en calma, cuando la paz se restablezca en aquellos dominios, vos, que habreis ido á descubrir nuevas tierras para mi corona, recibireis la orden de presentaros á recoger el fruto de la paz.

Las razones que alegaba el monarca eran poderosas, y no podian ménos de convencer á Colon.

En efecto, por nada del mundo queria ser el verdugo de Bobadilla.

La nobleza de su corazon le decia que si se encargaba de semejante mision, tendria que aparecer de nuevo su generosidad como flaqueza de ánimo, como pobreza de espíritu.

Y como al mismo tiempo le ofrecia el monarca darle una escuadra para que emplease el tiempo que tardase en pacificar la isla en proseguir sus exploraciones, halagadas sus esperanzas, cayó en la red que le tendió Fonseca, y consintió, sin formular una sola reclamacion, que se designase una persona para reemplazar á Bobadilla, castigarle y castigar á los rebeldes.

Por insinuacion de Fonseca; que ya de acuerdo con el rey obraba más francamente, se nombró á don Nicolás de Ovando, comendador de Lares, y caballero de la Orden de Alcántara, para que reemplazase á Bobadilla.

Era don Nicolás de Ovando hombre que disfrutaba fama de prudente.

Dotado de gran inteligencia, la severidad de su carácter no impedía que rindiese culto á la justicia.

Hé aquí como le pintan los historiadores de su época:

«Era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, y aire modesto, pero imponente.

«Dotado de la mayor prudencia, y con condiciones para gobernar á muchas gentes, sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde, que cuando llegó á ser maestro de la Orden de Alcántara no permitió jamas que le diesen el título, ni que le hiciesen los honores que correspondian á su empleo.»

Esta pintura favorece demasiado al original.

Los actos de su gobierno son el reverso de la medalla.

Pero por de pronto pareció al rey tal como le pintaban los historiadores, y fué nombrado para reemplazar á Bobadilla.

Fonseca penetraba á través de la apariencia de Ovando, y comprendia que al desempeñar la mision que se le confiaba, terminaria la obra que con tanto afan venia realizando.

A las súplicas que habia dirigido Colon á los reyes para que le facilitasen los medios de emprender su cuarto viaje de exploracion, y empleando el tiempo que tardase Ovando en pacificar la isla en aumentar los descubrimientos, en añadir nuevas joyas á la corona de España, le habian contestado que hasta que saliese el nuevo gobernador no podian dedicar su atención á las pretensiones del almirante.

Hasta cierto punto, las razones en que se apoyaban para aplazar su marcha eran justas.

Pero conociendo Fonseca cuánto sufría el almirante en la ociosidad, no solo retardaba la partida de Ovando, sino que se complacia en dar noticia á Colon de los desastres que ocasionaba en la colonia la conducta de Bobadilla.

Comunicándole estas nuevas aparentaba cumplir un deber de cortesía, y lograba su objeto, que era el de agravar la desesperacion del ilustre marino.

Por otra parte, cuanto más tardaba en despachar á Ovando, mayores eran los conflictos que habia en las Indias, y como le halagaba la ruina de aquellos países que los reyes de España debian á su enemigo, experimentaba una secreta y profunda alegría.

Pero los buques que llegaban de la Española traian noticias que hacian necesaria la partida del nuevo gobernador, y hubo un momento en el que la reina puso el mayor empeño en que cuanto ántes saliese Ovando á poner remedio á los grandes males que la administracion de Bobadilla ocasionaba.

En una de las expediciones parciales habia salido de España, para defender la fe en aquellos apartados países, un misionero jóven y dotado de gran inteligencia.

Más tarde habia de dejar su nombre á la posteridad con la aureola de la caridad.

Aquel misionero era el padre Las Casas, que fué la Providencia de los indios, que fué su más constante defensor, su mejor amigo, su paño de lágrimas.

Al llegar á la colonia, el espectáculo que presencié despertó la más viva piedad en su ánimo, y á pesar de vivir en humilde esfera, penetrado de los buenos sentimientos de la reina, escribió una carta, en la que le dió cuenta del lastimoso estado en que por la conducta de los que mandaban en la colonia se hallaba esta.

Una breve reseña de lo que habia pasado demostrará al lector cuánta necesidad habia de que Bobadilla fuese reemplazado, y de que se enviasen á la colonia auxilios morales y materiales para sacarla de la postración en que estaba.

Bobadilla no se habia detenido en la peligrosa senda por donde habia empezado á caminar desde el momento en que habia llegado á la colonia.

Le hemos visto arrojarse en brazos de los rebeldes; le hemos visto colmarlos de beneficios, engrandecerlos, porque su grandeza redundaba en menoscabo de Colon; le hemos visto halagar las malas pasiones de la muchedumbre para adquirir popularidad.

Estos primeros pasos, demasiado rápidos, debian encerrarle naturalmente en el estrecho círculo en que se colocan los que van demasiado de prisa en sus aspiraciones.

A los pocos dias de su llegada, reinaba en la isla el desórden, la insubordinacion.

En vez de impedir los estragos, los aumentaba con su conducta débil y tristemente conciliadora.

Contemporizaba con todo el mundo, por triunfar del presente sacrificaba el porvenir, y de error en error, de debilidad en debilidad, llegó á formar el caos en torno suyo.

Desmoralizados los colonos, para obtener algo de ellos tenia que halagar su codicia y vender las granjas y heredades de la corona para dar á entender que no querian los reyes entrometerse, que su único deseo era que los descubrimientos redundasen en beneficio de sus vasallos.

Amplió el permiso que habia concedido á todos para que pudieran explotar las minas libremente, y rebajó, como ya se dijo, la contribucion de los colonos, que consistia en la tercera parte de lo que recogiesen á la undécima.

Pero como no tenia que contentar únicamente á los que

estaban á su lado, como necesitaba justificar todas las medidas que tomaba á los ojos de los reyes, como queria aparecer en la corte como más inteligénte, como más activo que el almirante, necesitaba enviar crecidas cantidades de oro á España, y de este deseo nació la persecucion más odiosa, más indigna, más infame que hasta entónces habian experimentado los pobres indios.